

en cuanto podía, el amargo infortunio de tía Bernarda.

Don Perfecto no era uno de esos sacerdotes ideales que se ven á menudo en el teatro y en las láminas de las entregas de á cuarto, con los ojos vueltos al cielo y los brazos en cruz, que hablan en sonetos y van seguidos de un enjambre de niños á quienes enseñan la doctrina y regalan castañas: era un tipo bastante más terrenal, así en figura como en estilo, sin que por ello fuera menos virtuoso. Predicaba el Evangelio del día todos los festivos, y si en su elocuencia no era un *píco de oro*, en los efectos de sus pláticas podía apostárselas al más inspirado, porque conocía, como las suyas propias, hasta la más liviana flaqueza de sus feligreses, y siempre les hería en lo vivo. Dar al pobre lo que le sobraba á él y vivir con lo más indispensable, le parecía un deber social, cuanto más de conciencia para un sacerdote; sacrificar hasta su vida por la del prójimo, la cosa más natural del mundo, y conquistar al demonio un alma para Dios, el colmo de sus ambiciones. Por lo demás, le gustaba hablar de vez en cuando con sus feligreses de los azares en la cosecha de éstos; oírlos discurrir sobre análogas cuestiones; corregirles más de cuatro desatinos, y hasta atufarse un poco con los más díscolos. En cambio todos le querían

bien; y eso que nunca le hallaron en la taberna, ni recorriendo las ferias ó los mercados de las inmediaciones.

Como á su larga experiencia y natural penetración no se había ocultado la guerra implacable que se venía haciendo á la Miruella, creyéndola bruja el pueblo con la mayor buena fé, á cada paso estaba predicando contra ésta y otras preocupaciones semejantes, tan ocasionadas á excesos de imposible remedio y de incalculables consecuencias. No le gustaba que le tildasen de entremetido, por lo cual prefería este sistema de amonestación indirecta al de acometer de frente al objeto de sus excitaciones, que le era bien conocido; esperaba que los sucesos le proporcionasen una disculpa notoria para adoptar el segundo método que juzgaba más eficaz que el primero, y por eso le hemos visto entrar tan resuelto en casa de Teresa, después de haber presenciado la agresión brutal de ésta sobre la infeliz anciana.

Lo que le dijo durante el diálogo que con ella tuvo y queda consignado más atrás, no era más que el introito de lo que pensaba decirle después; pero habiendo oído la noticia que le dió el pedáneo, creyó de su deber acudir á lo más urgente; y para él no había nada que reclamase su presencia con mayor derecho que un feligrés en peligro de muerte.

Cuando la Miruella, pasado el primer efecto de la pedrada, se empeñó en continuar su camino, no calculó bien la infeliz todas las consecuencias del golpe. Así fué que, pocos pasos antes de llegar á la abacería á donde iba á comprar tres ochavos de aceite, volvió á perder el sentido y cayó como un tronco seco sobre los morrillos de la calleja. Viéronla en tal estado el pedáneo y el alguacil, y Gorio que, aunque borracho, no dejó de enterarse del suceso; y ya que no como prójimos los dos primeros, como miembros de la *justicia*, se creyeron en el deber de conducir á la vieja á su casa.

Al entrar en ella don Perfecto, halló á tía Bernarda tendida sobre un jergón que le servía de lecho, con todo el aspecto de un cadáver. Que á su lado no había un alma caritativa que la cuidase, no hay para qué decirlo.

Largo rato pasó sin que la enferma diese señales de vida, durante el cual don Perfecto no cesó de rociarle la cara con agua fresca y de darle á oler un poco de vinagre que halló en un pocillo desportillado. Al cabo abrió los ojos la Miruella y balbuceó algunas palabras ininteligibles. Cuando su mirada fué algo más firme y pudo conocer distintamente al señor cura que no separaba de su lado,

—Siempre es usted mi providencia, don Perfecto,—dijo con voz lenta y apagada.

—Es mi deber, tía Bernarda, consolar á los afligidos y auxiliar á los menesterosos—contestó con acento cariñoso el sacerdote.—¿Padece usted mucho?—añadió en seguida, viendo la angustia con que respiraba la anciana.

—No, señor... al contrario... ahora que veo que el Señor me llama á sí, me siento muy animada... porque yo... á no haber ofendido á Dios en ello, muchas veces hubiera deseado la muerte.

—¡Tía Bernarda!...

—Sí, señor cura... Usted sabe muy bien que mi vida... ha sido una pasión... sin tregua ni descanso.

—Más dolorosa fué la de Jesús, y era un justo.

—Sí, señor... y por eso le alabo en mis penas... y bendigo la mano que me azota... por eso... Pero, padre mío... siento que se me apaga la vida poco á poco... y necesito aprovechar el tiempo que me queda... Quisiera que, después de morir yo, no fuera mi fama tan aborrecible á mis convecinos... como ha sido mi vida... y quisiera también, de paso... volver á alguno... la que está perdiendo por miedo á una falta, que yo sola conozco... y debo, en conciencia, descubrir á usted, para que devuelva la paz á una familia... y el honor á un muerto.

—¿Y qué puedo hacer yo en beneficio de tan santos propósitos?

—Oirme, si á bien lo tiene... Una noche entró por esa puerta una moza hecha un mar de lágrimas... buscando, en el miedo que da esta choza á los demás, el secreto que su estado necesitaba... Engañada por un hombre... con promesas muy formales... estaba á pique de echar al mundo... el fruto de su falta, que hasta entonces... había podido ocultar... á la poca malicia de su madre... Dolida de su desgracia, le presté toda la ayuda que podía... Siete días estuvo oculta en esta casa...

—Y al cabo de ellos—interrumpió don Perfecto, no sé si por economizar fuerzas á la enferma, ó por seguir mejor la pista á alguna sospecha que acababa de adquirir,—quizá su familia comenzó á alarmarse por su ausencia.

—Justamente... porque ella... según me dijo, para su familia se hallaba en el molino... á legua y media de aquí...

—Y esa muchacha, como es natural, hoy vivirá llena de inquietudes...

—Y acabando por instantes la vida que le queda... si vida puede llamarse... la pesada cruz que arrastra la infeliz...

—Y probablemente se atribuirá su enfermedad...

—A mis hechizos... señor.

—Vea usted... ¡lo que es obra de un remordimiento!

—Y del abandono en que la tiene el desalmado que la perdió.

—Tía Bernarda, la misericordia de Dios es infinita y su justicia infalible.

—En eso confío... por ella... y por mí también.

—¡Y usted ha sufrido con resignación el odio de esa familia, cuando con una palabra!...

—Antes que decirla... me hubiera arrancado la lengua... La honra del prójimo es para mí más sagrada que la mía... Por eso le descubro este secreto á usted, que sabrá hacer con él lo que se debe... sin que padezca el honor... de esa desgraciada; que, á tanta costa, no quiero que valga lo que le he dicho...

—Yo sabré respetar tanta lealtad, tía Bernarda... Pero ¿qué fué del fruto de ese pecado?

—A eso iba, y ello le baste por toda señal... Recibió de mis manos el agua de socorro... y se volvió al cielo... el ángel de Dios... De lo demás... creo que está usted más enterado que yo... Y ahora, padre mío, que dejo arreglada esta última cuenta con el mundo... pensemos en la que voy á dar á Dios dentro de poco... y para ello, óigame en confesión.

III.

Celipe (a) *Fantasia*, era un mozalbete presumido, con humos y tal cual prueba de seductor. Últimamente se hallaba en matrimoniales proyectos con una huérfana que tenía doce carros de tierra y media casa, aunque en manos de su tutor y tío, gran pleitista y enredador, con quien vivía.

En el momento en que aparece en escena Celipe, á la ventana del cuarto que ocupaba en el portal, especie de lobanillo característico de la mayor parte de las casas de aldea montañosas, la cual habitación se le había cedido porque no molestara á la familia en las altas horas de la noche al volver de sus frecuentes galanteos y francachelas, mirándose la cara en medio palmo de vidrio azogado, aprovecha los últimos fulgores del crepúsculo para atusarse el pelo sobre las sienes, mojado los dedos en su propia saliva.

Antes se había calzado sus zapatos amarillos con lazos verdes y encarnados, y vestido su chaleco de pana con profusión de galones de color en las orejillas de la espalda. Cuando acabó su peinado echó la chaqueta sobre el hombro izquierdo, se colocó un calañés en la

cabeza, muy tirado á la derecha, y se dispuso á salir. Aquella noche iba á *cantar* á su novia, y esperaba que ésta le recibiría después en la cocina. Por eso se pulía tan esmeradamente. En esto oyó sonar la campana grande de la iglesia, con un tañido especial.

—Tocan á *administrar* (1)—dijo para sí.—¿A quién será?

Al mismo tiempo oyó llamar á la puerta de su cuarto.

—¡Ave María!

—¡Sin pecado concebida!—respondió abriéndola de par en par.

Y se halló frente á frente con don Perfecto.

—Buenas noches, Felipe.

—Buenas las tenga, señor cura,—contestó Felipe muy sorprendido.

—¿Te extraña mi visita?

—A la verdad que... no sé qué pueda traer á usted por aquí á estas horas.

—La cosa más natural del mundo, hijo—replicó don Perfecto entrando en el cuarto y cerrando la puerta.—Cuando el prójimo no viene á nosotros en las grandes ocasiones, hay que ir á buscar al prójimo adonde quiera que se encuentre.

(1) Dar el Señor á algún enfermo.

—Y, si á mano viene, ¿en qué puedo servir á usted?

—En mucho, hijo, en mucho... Pero ¿estamos solos?

—No hay en casa más que mi padre, y ese anda en la *corte* arreglando el ganao.

—Corriente; y si me viera, no faltaría una disculpilla que darle... Ahora, óyeme. Hace siete meses fuiste una noche á despertarme y me pediste, por la honra de una mujer, que diera sepultura sagrada al cadáver de un niño recién nacido que traías debajo de la capa... Como me aseguraste que el niño había recibido agua antes de morir, y yo respeté el misterio en que querías envolver el asunto, y mucho más la honra aquella de que tanto me hablaste, sin meterme en más averiguaciones, que, en todo caso, competían á Dios en el cielo y á la humana justicia en la tierra, dí sepultura al cadáver, sagrada como era debido.

—Y Dios le pagará á usted la buena obra,—dijo con notoria emoción Felipe.

—No se trata de eso ahora, sino de que la madre de ese niño se está muriendo de vergüenza y de pesar; de que esa agonía espantosa se atribuye á otras causas inventadas, que perjudican á la buena fama de una inocente, y, por último, de que el único que puede devolver la salud y la paz á esa madre y la honra á

la culpada, es el padre del niño que tú llevaste á enterrar aquella noche.

—¿Y qué tengo que ver yo?...—tartamudeó Felipe, más pálido que su camisa.

—Mucho—respondió don Perfecto en tono decidido;—mucho, Felipe; porque tú eres el padre de ese niño y el seductor de su madre.

—¡Bah, bah!... señor cura—repuso el mozalbete, desconcertado ante aquella estocada á fondo.—Y aunque eso fuera verdá, ¿qué había de hacer yo al auto de?...

—Cumplir una palabra que comprometiste á cambio de una honra que quitaste. Pagar lo que debes á Dios, si eres cristiano, y al mundo si eres honrado.

—Señor cura—observó tímidamente el jaque,—yo... Y, por último, ya hablaremos de eso.

—No, hijo mío, no; tenemos muy poco tiempo que perder, y por eso vengo ahora á tu casa.

—Además, hay otros compromisos para mí de mucho... de mucho aquel, que...

—No hay mayores compromisos que los de la conciencia, Felipe... Y te advierto que si tratas de realizar proyectos que se opongan á los que hiciste con esa infeliz, que se muere de vergüenza, no te perdonará Dios, ni en el mundo habrá paz para tí.

No era Felipe malo de corazón, pero le ti-

raban mucho los doce carros de tierra y la media casa de la huérfana; mucho más que los compromisos contraídos en momentos de vértigo amoroso, sin que por eso dejaran éstos de morderle un poco la conciencia á cada seguidilla que echaba á la ventana de su nueva amada; así fué que en el largo rato que duró su conversación con don Perfecto, nada pudo éste conseguir de él sino evasivas más ó menos respetuosas.

Entonces fué cuando el cura se resolvió á echar mano del recurso en que había pensado, por lo cual había ido á aquella hora y en aquellas circunstancias á ver á Felipe.

—Ya que no me concedes este favor, que al cabo había de redundar en tu bien—continuó don Perfecto,—no me negarás otro que también vengo á pedirte.

—Hable usted, señor cura—dijo más animado por su supuesta victoria el mozalbeta,—que en siendo cosa que yo pueda...

—¿Quieres acompañarme á llevar el Santo Viático á un enfermo?... No tengo quien me ayude, si no es un chico que por caridad se ha prestado á tocar la campana que estás oyendo.

—Eso para mí es una obligación, don Perfecto, y siempre que puedo lo hago, cuanto más ahora que usted me lo pide... ¿Y quién se muere?

—La Miruella, hijo.

—¡La Miruella! ¿Y de qué?... ¡Si la he visto esta mañana!

—¿De qué? De vieja; y además de... de un golpe.

—¡De un golpe!...

—Sí, hijo, de un golpe. Una madre que la tiene odio porque cree que su hija se muere embrujada, ayudada de la ira que la cegó, la tiró con una piedra y...

—Y esa hija... ¿es verdá que se muere?

—Sí; pero se muere de vergüenza, porque á título de casamiento...

—¡Vamos, vamos, don Perfecto á llevar el Señor á tía Bernarda!...—exclamó aturdido Felipe, como si no quisiera oír más de aquellas palabras que caían sobre su conciencia como gotas de plomo derretido.

Un cuarto de hora después salía de la iglesia el Rey de los Reyes en manos del digno sacerdote. Iban delante Felipe, con un farol y un Crucifijo, y un muchacho que sonaba acompasadamente una campanilla: detrás, casi todo el barrio y parte de los más próximos á la iglesia, descubiertos los hombres y las mujeres con un refajo sobre la cabeza, llevando una luz en la mano cuantas habían podido hallar en casa un mal cabo de vela.

Cuando la imponente comitiva llegó á la

plazoleta que conocemos, se vieron, al escaso resplandor de las luces, arrodillados fuera de la portalada, á Teresa, que lloraba; á Juana, que parecía ser ella la que necesitaba el último consuelo de la religión; al rojillo, que tiritaba de miedo, y á Gorio que, disipada ya su borrachera, hundía la cara en el pecho, como si se avergonzara de exponer tanta abyección y tanta miseria delante de tanta majestad y tanta pureza. Estos personajes se agregaron luégo á la comitiva y entraron con ella en casa de la Miruella, no sin grandes apreturas, por la excesiva estrechez de aquélla. Teresa y Gorio no se contentaron con entrar, sino que se pusieron cerca del altar que se había improvisado sobre una vieja mesa cerca del lecho de la enferma. El señor cura había cuidado también de revestir las paredes inmediatas con dos colchas suyas de percal, para hacer aquella pobre morada menos indigna del Huésped que iba á honrarla (1).

Al verle tan cerca de sí, la moribunda anciana quiso incorporarse, pero sus fuerzas no se lo permitieron.

—Teresa... Gorio... Juana... Antonia... Felipe...—dijo en seguida, y á medida que iba distinguiendo las personas que la rodeaban, con una voz que, aunque débil, se dejaba oír

(1) En las casas muy pobres de la Montaña se observa esta costumbre con tan santo fin.

de todos, por la pequeñez del recinto y el silencio que en él reinaba,—¿tenéis algún resentimiento contra mí?

—No,—contestaron vigorosamente todos aquéllos que, una hora antes, hubieran dado de buena gana un tizón cada uno para quemarla viva.

—¿Me perdonáis cualquier agravio, cualquiera ofensa que en vida os haya podido hacer?

—Sí perdonamos.

—Yo, en cambio, os juro... en presencia de Dios que voy á recibir... que jamás mi lengua se movió para infamaros, ni mis manos para ofenderos, ni mi corazón para odiaros... que os hice todo el bien que pude, y que no pagué... con deseos de venganza el mal... que de vosotros recibí...

Teresa, á quien ahogaban los sollozos, no pudiendo contenerse más, avanzó hasta el lecho, y cogiendo entre las suyas las manos de la anciana, exclamó besándoselas al propio tiempo:

—Y yo que tanto la he ofendido á usted, ¿cómo he de esperar que me perdone?

—Hija mía—respondió la moribunda,—si Dios murió por salvar á los que le crucificaban, ¿cómo yo, miserable criatura... no he de perdonarte la falta... de haberme querido mal... porque creías... que así obrabas bien?...

Lo patético de este cuadro conmovía á to-

dos. Felipe, aquel fachendoso que oía la misa de pie en el altar mayor, atusándose el pelo y mirando á las muchachas, clavaba sus rodillas en el suelo, y su vista, turbada por el llanto, en el Crucifijo. El mismo Gorio se mordía los labios, como si en su obstinada dureza quisiera protestar contra los impulsos de su corazón; retiraba de su frente los ásperos mechones de su salvaje cabellera, y se afanaba por ocultar con disimulo debajo de la chaqueta las manchas de vino que afrentaban su camisa. Era la primera vez que sentía asco y repugnancia de sus propios vicios.

El sacerdote, con la Hostia en la mano, brillando en sus ojos las lágrimas como perlas de purísimo rocío al reflejo de la luz que levantaba Felipe en un brazo trémulo, tenía en su semblante algo de sobrehumano, poseído como estaba de la sublime grandeza de su augusto ministerio; más sublime entonces que nunca; entonces, al dar la vida espiritual á un moribundo y acabando de convertir en suave y benéfico rocío de amorosas lágrimas un torrente de malas pasiones.

.....
Después de comulgar, la anciana pasó algunos minutos en el recogimiento más profundo, observándose en su semblante, cada vez más determinados, los signos de la muerte.

El cura volvió á aproximarse á ella, dirigiéndola fervorosas exhortaciones.

—No me acerco á Dios—dijo la moribunda con voz cada vez más débil, pero con evidente deseo de ser oída de los circunstantes;—no me acerco á Dios... con la serenidad del justo... pero sí con la esperanza del que... no le ha ofendido... ni con blasfemias... ni con difamaciones... ni con escándalos... No estoy... tan firme... que no tiemble... cerca ya... de la divina presencia... porque pecadora soy... pero... ¡bendito sea el Señor... por tanta gracia!... libre me veo... del espantoso... tormento... que pasar deben... en este mismo trance... los que dejan... en el mundo... por señal... de sus vicios... hijos sin pan... familias sin sosiego... vidas sin honra... ¡Dios mío!... perdón para... ellos... y para... mí... también...

Y espiró.

—Su alma está ya en presencia de Dios,—dijo entonces conmovido el sacerdote, levantando sus ojos al cielo.

En seguida, tomando tema de aquel ejemplo, predicó grandes verdades y muy al caso. El terreno no podía estar mejor dispuesto para recibir la semilla.

Antes de volver á la iglesia el religioso cortejo, todos se brindaron á porfía á velar el cadáver durante la noche.

—Eso me corresponde á mí—dijo el buen cura:—la acompañé en vida, y no debo abandonarla hasta el sepulcro.

IV.

La muerte edificante de la Miruella produjo en la casa de la portalada los efectos más maravillosos. Juana volvió á ser la moza robusta y fuerte, porque Felipe se casó con ella en seguida, sin más excitaciones nuevas que las de su conciencia. Teresa no volvió á tener cardenales en el cuerpo ni amarguras en el alma, porque Gorio, libre de la pasión del vino, no la pegaba jamás; y como éste reconquistó su antigua condición de labrador activo é inteligente, supo recuperar parte de la hacienda malvendida en azarosos días, y con ella el bienestar de toda la familia que, como ya no creía en brujas, arrojó por las bardas del corral los azabaches del rojillo, con lo cual no quedó éste tan tranquilo como deseara.

Pevo ¿querrán ustedes creer que antes de cumplirse un año de la muerte de tía Bernarda, ya había en el mismo pueblo, si no en el mismo barrio, otra bruja tan odiada, tan temida y tan *bruja* como la Miruella?



LOS CHICOS DE LA CALLE.

I.

Los seres que con este nombre se designan vulgarmente en Santander tienen más de seis años y no pasan de doce; andan en bandadas, como los gorriones, y, como éstos, son dañinos y objeto de la general antipatía.

Usan un remendado pantalón de indefinible género, una camisa que siempre es vieja, y á las veces blusa: nada de zapatos y muy poco de gorra.

Son alumnos de la *escuela de balde*; y aunque concurren á ella dos ó, á lo sumo, tres veces al mes, llevan siempre al costado, y pendiente de un hiladillo azul, una cartera ó bolsa de lienzo manchada de tinta, que contiene un *Amigo de los niños*; una pluma reseca y abierta de puntos; un pliego de papel rayado para planas de *segunda* ó, cuando más, de *cuarta*, la